

## ENSAYOS

# Comentarios Hipocráticos

Breves dies hominis sunt, numerus mensium ejus apud te est: constituisti termino ejus, qui præteriri non poterunt.

(JOB. CAP. 14. v. 5.)

Cada vez que la inquieta curiosidad del hombre, se aventura en la captación y ordenación de hechos, fechas, conceptos o personas antiguas, y en la cronología de los sucesos notables acaecidos, se plantea al punto la insuperable dificultad, de que el tiempo y la distancia que modifican a su antojo tantas perspectivas, desplacen y deformen la imagen del hecho interesado. Y aún más todavía, cuando por la falta de testimonios no se puede avalar la certeza de las fuentes originarias, ni aceptar sin reservas el cómputo de las fechas emitidas, que se ofrecen inciertas y vacilantes, a la deriva deformadora de los siglos.

Pero el pasado, aún con las incertidumbres de su veracidad, encierra un valor perenne, de eterna cotización. Las ideas, los objetos, los libros, las obras de arte de otros tiempos, se estiman y se aprecian sobrepujando quizá el valor de las cosas presentes. Y es, que aquello que fué, se ofrece desnudo del ropaje de las pasiones, impersonalizando la obra y ponderando las virtudes actoras, desgajadas de todo personalismo deformador.

Por eso, sin ser tradicionalistas, en el sentido unilateral de esta palabra, hay por fuerza que sentir amor al pasado,

porque la distancia de otros tiempos remarcando más puros los perfiles de los acontecimientos, afirma y ofrece los paisajes de la vida pasada, en el concepto panorámico que de la misma tienen los ascetas.

Y lo que en arte, sobre todo, tanto se revaloriza con la ancianidad del origen, se extiende a todos los aspectos y a todos los círculos de acción del hombre; allí donde se exaltan y se plasman, los empeños de la voluntad y de la inteligencia; las afirmaciones estéticas de actualidad perenne, ayer, hoy y siempre; las eternas inquietudes humanas, que marcan los hitos de la Historia, en las horas de la exaltación bélica: auges de pueblos y razas, pugnas de ideales, en las iras sangrientas de los rencores desatados; los tiernos apostolados de la fé, que transmiten las esencias de un consuelo, con la enseña de amor perpetuada incólume desde el principio de una Era, como bálsamo que se ofrece y se brinda para las horas del dolor y de la desolación espiritual.

Nada más simbólico de la vejez, que la vejez misma. Y cuenta la leyenda, como homenaje que se dió, el de aquel anciano de Atenas de blancos cabellos, que recibió la mofa de unos jóvenes, que al ofrecerle el asiento que buscaba, se lo hurtaron con burlas. Turbado el anciano, quiso huir, sonrojado, pero aperecidos los embajadores de la República de Lacedemonia, que presidían en sitio de honor el espectáculo, retuvieron al viejo, sentándolo entre ellos y colmándolo de atenciones, entre los aplausos del pueblo, que así rubricaba y reprobaba a un tiempo ambas acciones. Era, el triunfo de la ancianidad, que se alzaba sobre las hostilidades de la juventud.

Negar el avance y ocultar las virtudes y grandezas del progreso humano, sería tanto, como discutir las propiedades térmicas y luminosas del sol

Pero no podemos perder la visión del pasado, ni cabe un presente objetivo o subjetivo, que no arraice en normas o sugestiones pretéritas, escrutadas tenazmente para sorber las esencias cimentadoras.

Así en la filosofía; y en las bellezas de la literatura clásica; y en las expresiones plásticas del arte antiguo, no su-

perados sus esplendores de entonces; y en los afanes de las ciencias experimentales; y en las hazañas casi fabulosas de los guerreros legendarios; y por fin, en los postulados eternos de la vida y de la enfermedad, que a pesar de los aires de inquieta renovación que bullen en el seno de la medicina, no puede, ni podrá desviarse, de los clásicos conceptos que sentó Hipócrates de una vez para siempre, en sus aforismos inmortales.

Sería desmedido empeño, si pretendiéramos comentar aquí los influjos de cada actividad y de cada Escuela, y superaría a los medios y a los términos de un mero trabajo literario. Pero la vocación profesional, nos inclina hoy al comentario hipocrático, escueto y sentido, adentrado en nosotros hondamente, como fuente inagotable de donde manan los eternos principios de la medicina. Esa emoción concreta que se siente y se quiere difundir, cuando nos llega con las caricias de su virtud y la uncimos a nuestra actividad como cosa propia. Del mismo modo que vibra nuestro sentimiento, ante los halagos del aura de la tierra donde nacimos, donde se amasó nuestra carne y se forjó nuestro carácter y se modeló nuestro espíritu.

Aparte de aquellas desviaciones del afán vital, anomalías de un organismo ya tarado, aberraciones del enamorado, del enfermo, del desesperado o del místico, que sientan los arrebatos, en fervores de ofrenda del máximo sacrificio, como síntomas de la expresión de cansancio de la caminata por el áspero sendero, alentando ese deseo patológico por hundirse en el misterio del último sueño que no tiene despertar, cortando así, por esa anomalía del sentimiento que lo es de la salud, el afán legítimo de perduración, que es la consigna de la salud plena, somática y psíquica, y la enseña del vigor orgánico. Que cuando ya se marchita por el agobio de los años, o de la senectud precoz por un desgaste prematuro, entonces los términos se acortan y se rinde ese póstumo aliento, trazado en su trayectoria como dice Job, por el designio fatal que tasa los días del hombre.

Y ahí el gran mérito de la admirable doctrina hipocrática, ese compendio de normas que se han transmitido incó-

- lumes, para enseñanza de protección a la salud, soslayando los riesgos, en medio de tantas hostilidades como la cercan.

No se puede negar a la medicina moderna, la eficiencia de su virtud en muchos casos; ni sería discreto en la pluma de un médico, restar ilusiones confortadoras a los pacientes. Pero es innegable de toda evidencia, que en la profilaxis y en la previsión, tan preteridas en el hábito cotidiano por las tentaciones incesantes, está el secreto de la eficacia. Siguiendo firme, aquella sentencia de Avicena, de que más sana queda la herida que no se produjo, que esotra que curó, por bien que se restañara; como prueba del valor preventivo.

Pero todo, dentro del arco de esa parábola de breve trazo, que abarca el ciclo de cada existencia. Que como dice el libro clásico con su ejemplar simbolismo, la muerte llega, sin que nada la detenga cuando tiene que llegar; a la manera que la fruta cae en sus días de madurez, o como se extingue la llama sin violencia, leda y suave, en el agotamiento vital del oxígeno, o como languidecen las plantas cuando los tallos no sorben savia.

La templanza, la moderación y el buen gobierno orgánico, son en opinión de Hipócrates, no corregida ni rectificada, los eternos consejeros de la salud y la longevidad, y los más eficaces remedios. Se acude, y con aldabonazos, al pórtico de la medicina, demandando sus recursos, cuando ya viciada la materia y torcida la curva por los abusos, queremos poner un tope a tanto estrago. Pero son falaces las ilusiones, cuando las brechas no respetaron entrañas nobles, que al ser a un tiempo tan importantes y tan sensibles, son así mismo mas vulnerables.

Y en ese concepto tan sutil y tan simple, expuesto tan someramente, podemos decir que radica el secreto de la medicina preventiva, de la verdadera medicina hipocrática, que otorgaba al aire, al agua, a la ingesta, y veía en los abusos del placer y de la gula, y de las emociones duras y reiteradas, las causas primordiales del vicio de la salud.

Ya se vé, que bajo una apariencia de mera sugestión literaria, se ofrece en estas líneas no ya sólo una curiosidad

de remoción arcáica, con el aliciente del comentario hipocrático, que por ello solo ofrecería un valor. Es algo más. Es el recuerdo y el comentario de los famosos Aforismos de Hipócrates, como del Capítulo Aureo de Avicena, de tan recia, admirable y sana doctrina, que perduran lozanos, sin velarse ni perder actualidad, a pesar de los desgastes del tiempo. Pronósticos y presagios morbosos, que advierten de los riesgos para la salud, requiriendo a su voz las precauciones; que, a semejanza de lo que ocurre con los fenómenos físicos en ciertas reacciones de la vida animal, en las señales atmosféricas para denunciar lluvias, vientos o tempestades, así también en el organismo humano se exhuman y se manifiestan signos delatores de la enfermedad que se cierne en torno.

Y hay que desviarse, con tesón, de todos los caminos y sendas que pueden truncar la trayectoria de la vida sana. Hay que dar la sensación del esfuerzo. Hay que conservar el calor del sacrificio, que funda y convierta en regatos de vida la nieve de las cumbres, y aliente esa música alegre de la salud, en la fragancia de las horas sin padecer, brevedad de estación coincidente, en todos los tiempos de todas las edades. Lo que vertido en la literatura, alienta el interés de las páginas por la fuerza del tema inductor.

DR. FRANCISCO BLÁZQUEZ BORES.  
ACADÉMICO DE NÚMERO

